

LAS ESCUELAS, LOS NUEVOS MONASTERIOS

THE SCHOOLS, THE NEW MONASTERIES

Alfredo Serrano de Haro Martínez

Resumen: En tiempos de triunfo para el catolicismo, surgió el renovador y evangelizador movimiento monacal. Quizás la escuela católica se entienda bajo esas coordenadas de éxito aparente. Sin embargo, la crisis educativa general, y eclesial en particular, nos obliga a buscar nuevos paradigmas. El paradigma del monasterio nos permite concebirnos como faro en tiempos de crisis cultural, espacio de acogida de la tradición, laboratorio de novedades, refugio frente a modos de vida poco convincentes, hogar de vidas individuales con sentido de comunidad, entorno que integra ser humano, naturaleza y trascendencia, lugar de desarrollo personal y servicio, casa de la sabiduría.

Abstract: In a triumphant time for the catholic faith, emerged the renewal and evangelizing monastic movement. The catholic schools may understand themselves from that same framework of success. However, the general crisis in education, particularly the ecclesial one, makes us look for new paradigms. The paradigm of the monastery lets us see ourselves as lighthouse in midst of a cultural crisis, welcoming place of the tradition, novelties laboratory, refuge from not convincing styles of life, home of individual lives with a sense of community, environment that integrates human being, nature and transcendence, place for personal development and service, house of wisdom.

Palabras clave: crisis, renovación, paradigma, monasterio, escuela

Key words: crisis, renewal, paradygm, monastery, school

Fecha de recepción: 5 de mayo de 2023

Fecha de aceptación y versión final: 15 de octubre de 2023

Esta reflexión nace de múltiples lecturas y conversaciones, de catorce años de docencia como profesor de Secundaria en entornos desfavorecidos, del despliegue de un proyecto, Domenchina educación¹, que responde al latido que comento. En concreto, esta reflexión nació el día en que pisé el que iba a ser el futuro colegio de mis hijos: la Escuela Ideo², entidad privada y aconfesional, se había mudado a su actual ubicación, el antiguo convento de Jerónimas que se hallaba frente a la Universidad Autónoma de Madrid. Claustro, jardín, iglesia, almacenes, celdas que fueron marco de tantas vidas albergan ahora otras: ¿puede estar hablándonos el Señor de que, más

¹ <https://domenchinaeducacion.com/> (consulta: 5 de julio de 2023)

² <https://www.escuelaideo.edu.es/> (consulta: 5 de julio de 2023)

que caer en añoranzas, debemos rescatar el latido que ha vibrado en esas vidas monacales y hacerlo corazón de apuestas educativas?

La primera analogía entre los antiguos monasterios y la llamada a la renovación de la escuela se dirige a su contexto. Sería la siguiente: ambas nacen en un momento en que, a pesar de éxitos aparentes, la situación eclesial y civilizatoria es de crisis irrefrenable. Hace poco hemos analizado³ cómo a nuestro alumnado le asedia la palabra crisis: económica, climática, pandémica, geopolítica. Por mucho que queramos imaginar que la escuela es un refugio frente a la crisis global que les rodea, y a la crisis de sentido más íntima que viven, los datos de su desapego hacia ella no nos lo confirman. Más bien, forma parte de ese mundo que el alumnado, que la gente joven, percibe que cae. La mayor claridad para formular esta crisis es la de Hannah Arendt. En su ensayo *La crisis en la educación*, al que volveré, advierte claramente acerca de la actitud a adoptar ante las crisis:

Hemos perdido las respuestas en las que ordinariamente confiábamos sin ni siquiera darnos cuenta de que originariamente eran respuestas a preguntas. Una crisis nos fuerza a volver a las preguntas mismas. [...] Una crisis deviene un desastre sólo cuando le damos respuesta con juicios prefabricados, esto es, con prejuicios. Tal actitud no sólo agudiza la crisis, sino que nos cancela la experiencia de la realidad y la oportunidad que ofrece para la reflexión⁴.

La segunda analogía se refiere a la Iglesia en el momento de inicio del monacato y en el actual. Fernando Rivas, profesor de Historia antigua del cristianismo en la facultad de Teología de la Universidad de Comillas, nos explicaba lo inaudito del movimiento monacal. Tres siglos de sangre, continua escucha del aliento de la muerte tras de ti, apresamientos, condenas, humillaciones, desprecios, marginalidad. Siempre al borde de la desaparición. “¡Al fin se puede vivir en paz!” En vez de celebrar la nueva situación, esta gente rara viene a decir: “No era esto, no”.

La situación de la educación católica en nuestro entorno puede también llevarnos a pensar: “Bastante bien va, con la que tenemos encima”. Se entiende el alivio de los centros educativos católicos. En medio del desconcierto acerca de cuál sea el lugar de la Iglesia en el mundo actual, de la duda acerca de la vigencia de los valores llamados cristianos, probablemente ningún brazo eclesial alcance los datos que muestra la educación católica⁵: escolariza a más de millón y medio de estudiantes, lo que representa un 19% del total; supone, de largo, más de la mitad de la concertada.

¿Es esto a todo lo que debemos aspirar, o la llamada de Jesús y de sus mártires puede que nos empuje a dejar que el grano de trigo muera y dé fruto, a que renunciemos a éxitos aparentes para coger realmente al peso al mundo y a las personas jóvenes

³ A. SERRANO DE HARO MARTÍNEZ & I. SOLÍS CASCO, “La Caja de Pandora: cómo incentivar la esperanza en el alumnado de Secundaria”: *Revista Pensadero: Conocimiento Educativo Docente* 1 (2023) 8-27.

⁴ H. ARENDT, *Between Past and Future*, Penguin USA, Londres 2006, 171. Traducción propia.

⁵ <https://www.esuelascatolicas.es/estadistica/> (consulta: 3 de mayo de 2023).

de hoy en día desde un nuevo paradigma escolar? A todas las personas del entorno ignorantes os resonará una palabra: *magis*.

Como pórtico a este nuevo paradigma quiero analizar un aspecto que es a la vez externo, contextual, y cimiento interno: las instituciones en nuestra época. Esta sociedad líquida en la que vivimos se caracteriza por el desapego hacia las instituciones: los partidos políticos, corruptos y anquilosados; la Iglesia, anticuada, que esconde sus miserias; la educación obligatoria, una condena más que una oportunidad; el matrimonio, casi siempre una falacia; mi lugar de trabajo, probablemente esté buscando un cambio pues percibo en él unos defectos irresolubles. Como sujetos libres y críticos, pasamos por un cedazo fino cualquier estructura para, casi siempre, condenarla. No caemos en la cuenta del desarraigo, la inseguridad, la soledad y la insignificancia que vamos acumulando. Nos parece, como a aquellos libérrimos anacoretas, que la única solución es una lucha individual cuerpo a cuerpo contra el mundo, con Dios, contra mí misma o mí mismo.

Si partimos de que “las instituciones constituyen la auténtica osatura de una civilización, y por tanto de cualquier periodo prolongado; [...] la actitud de una sociedad hacia la realidad vivida se corresponde con sus instituciones”⁶, asumiremos que la crisis de confianza hacia las instituciones revela la crisis de valores general de nuestro mundo occidental. ¿En quién se puede confiar, pues representa unos valores hondos y al tiempo actuales?

Dado este análisis general, su carácter de cimiento viene de que, hoy en día, nadie pone en duda el valor de la educación. Hemos olvidado que, en nuestro país, hace cien años había que ir llamando a las puertas de las casas para convencer a las familias de que llevaran a su prole a la escuela. Hoy, “estudiar” algo, sobre todo algo que he escogido estudiar, es motivo de celebración. En nuestro caso no se critica tanto la educación en sí, sino la forma de articularla, como algo desfasado e impuesto. Por la pervivencia de este valor, y por los componentes que ahora veremos (la institución escolar siempre es un microcosmos, una organización social donde se articula la identidad individual y la pertenencia; la institución escolar marca una manera de entender y acceder al mundo), puede, si es bien articulada, convertirse en una institución de referencia en tiempo de crisis.

He visitado monasterios convertidos en hoteles, y son como una carcasa en que ha muerto el interior. Algo más de su espíritu se intuye, aunque no deje de quedar algo vacío, cuando ese monasterio abandonado ha pasado a ser centro cultural. Pese a las diferencias entre la silenciosa vida monacal y el bullicio de un colegio, cuando entro en un espacio, antes monasterio, hoy centro escolar... algo permanece. Ambos son lugares donde, de una forma u otra, se busca el sentido de nuestras vidas, y se expresa simbólicamente. En ambos el espacio determina y concreta una organización colectiva de un gran número de vidas individuales; una vida continua, no esporádica, llamada a dejar marca, a crear hábito. En ambos se percibe la diferencia entre exterior e interior; no tanto al estilo de los centros escolares estándar (la metáfora que maneja el alumnado para el colegio, “esto es una cárcel”, no deja de ser acertada en el sentido

⁶ D. GERHARD, *La Vieja Europa. Factores de continuidad en la historia europea (1000-1800)*, Alianza, Madrid 1981, 16.

arquitectónico), sino por el contraste: algo pasa ahí dentro, de un monasterio, de un colegio, diferente, a otro ritmo, de lo que pasa aquí fuera. Como dice Siro López, “la escuela ha de ser como la piel, que protege el interior y transpira innovación hacia una sociedad necesitada de sentido”⁷.

La sabiduría que en los monasterios se hizo arquitectura es una de las grandes oportunidades para una honda reforma escolar: centrar la mirada y a la persona desde el silencio, como el que vive en esos claustros; incorporar la naturaleza como un elemento indispensable de nuestras vidas; organizar los espacios para que expresen la variedad de las tareas de la vida, así como su alternancia entre la lo individual y lo colectivo; crear belleza luminosa, austera y desnuda que nos rodee.

Los elementos espaciales de un monasterio pueden inspirarnos a recuperar una armonía perdida. Sus árboles enhiestos, sus huertos, la presencia amable de elementos naturales nos ayudan a recordar que no somos más que una parte de ella. El sonar de la fuente del claustro, los espacios austeros, invitarán a un recogimiento en que aprender a escuchar nuestra fuente interior. La circularidad del claustro, la luz filtrada por las vidrieras, envuelven en el misterio nuestras vidas. Armonía con la naturaleza, con nuestra propia interioridad, con la trascendencia.

Miremos ahora a los monasterios, a los colegios, y su relación con el mundo que hay “ahí fuera”. Nada más llamativo que lo que expresa Lortz: “estos lugares de huida del mundo se convirtieron en centros de configuración del mundo para la Iglesia, el Estado y la ciencia.”⁸ La sana distancia les permitió ser el espacio de acogida y transmisión de la tradición, y con el correr del tiempo, laboratorio de novedades. Expone este mismo autor que “sin esta actividad de los monasterios, la humanidad se habría quedado en la mayor miseria espiritual.”⁹

La escuela desempeña esa misma labor. Arendt define desde ella su esencia misma: la escuela otorga a los recién llegados el acceso, la comprensión del mundo. Y apunta claramente de dónde procede la crisis escolar. Venimos a decir a nuestro alumnado que “en este mundo ni siquiera nosotros nos sentimos seguros, en casa; cómo moverse en él, qué conocer, qué habilidades manejar, son misterios para nosotros también. [...] Somos inocentes. Nos lavamos las manos respecto a ti.”¹⁰ Así, concluye la autora que “la crisis de la autoridad en la educación está íntimamente conectada con la crisis de la tradición, esto es, con la crisis de nuestra actitud hacia los dominios del pasado.”¹¹

¿Cómo cumple la escuela con esa misión de transmisión de una tradición? El instrumento se llama currículo, y refleja nuestra visión del mundo. Si miramos los documentos legales, vemos que el currículo es una amalgama de hechos y capacidades, todos ellos divididos por disciplinas y grados de consecución. Para gran parte de nuestro alumnado el pasado es, según les muestra la escuela, una maraña de hechos, de conocimientos fácticos y de “cosas importantes que hay que saber hacer”, que realmente

⁷ S. LÓPEZ, *Esencia: diseño de espacios educativos: aprendizaje y creatividad*, Ediciones Khaf, Zaragoza 2018, 34.

⁸ J. LORTZ, *Historia de la Iglesia I*, Cristiandad, Madrid 2003, 230.

⁹ J. LORTZ (o.c.), 235.

¹⁰ H. ARENDT (o.c.), 188.

¹¹ H. ARENDT (o.c.), 190.

pierden casi toda su relevancia al salir por la puerta de esa institución guardiana de cosas irrelevantes.

¿Cómo puede cumplir la escuela con esa tarea de depositaria de una tradición? Abordando con rigor lo que es el diseño curricular. El modelo que manejamos para Secundaria en Domenchina, el Proyecto Epimeteo de Jorge Úbeda¹², responde a esta visión. Sitúa como fundamentos lo que nuestra cultura ha apreciado como herramientas principales del conocimiento: el uso de una razón plural, el pensamiento matemático, el lenguaje, la expresión artística y corporal. Localiza ámbitos clave de explicación del mundo actual: Biohumanidad; Geoética; Materia, energías y universo; Felicidad y cuidado de sí; Cultura digital; Antropoceno y ciudades. El alumnado no recibe una tradición al modo de unas enciclopedias que ha de cargar en su mochila, sino desde la indagación guiada y el proyecto propio. El currículo pasa a ser lo que define Bruner: “una animada conversación sobre un tema que nunca se puede definir del todo, aunque se le puedan poner límites”¹³.

La propia Arendt nos alerta del peligro de visiones unívocas. ¿La escuela ha de ser conservadora? Sí, está llamada a conservar el pasado. Mas si se queda sólo en ello, fracasará. Su reto está en lo que lograron los propios monasterios: acoger de forma radical la novedad, y darle forma; ser laboratorio de novedades.

¿Cuál es la novedad que existe en nuestra época? La filósofa judía vuelve a darnos la pista: son esos “recién llegados”, nuestras alumnas y alumnos, quienes representan la novedad del mundo. La novedad del mundo, la que está retando a una escuela forjada en otra época, nos la muestra este alumnado nacido en un entorno democrático y plural, en un mundo global y digital, en donde la palabra *crisis* es omnipresente. El mundo en el que han nacido, asumámoslo, es muy diferente a aquel en el que nacimos gran parte de quienes ejercemos la docencia. Yo, al menos, nací en una sociedad que daba sus primeros pasos en democracia, con teléfonos fijos, en que un viaje al extranjero significa una desconexión del hogar, y nunca en mi infancia hoy hablar de la difícil supervivencia del género humano o de pandemias.

Hay herramientas pedagógicas para dar forma a este nuevo mundo. Las actuaciones educativas de éxito basadas en el aprendizaje dialógico¹⁴ son una encarnación ideal de la democracia y la pluralidad. El aprendizaje por proyectos vinculados al contexto local y al global muestran el mundo tal y como es, y generan la llamada a mejorarlo. El aprovechamiento discernido de los medios digitales para el acceso al conocimiento y su producción creativa es hoy en día algo común, y uno de los mayores retos escolares.

La institución que, en tiempos de crisis, logra formular una propuesta que da respuesta a las inquietudes profundas del momento se convierte en luz que irradia y atrae. Así sucedió con los monasterios. ¿Cómo es posible que tantas personas prefirieran una vida de renuncias y aislamiento? Sin duda, se convirtió en una institución que ayudó a poner entre paréntesis las obligaciones de morir en la milicia, de emparejarse con quien no deseabas, de entregarse a una acomodada y vacía vida de satisfacciones,

¹² Puede verse su esquema en <https://domenchinaeducacion.com/horizonte/> (consulta: 5 de julio de 2023).

¹³ J. S. BRUNER, *La educación, puerta de la cultura*, Antonio Machado Libros, Madrid 1997, 137.

¹⁴ https://www.comunidaddeaprendizaje.com/es/act_de_exit (consulta: 5 de julio de 2023).

de luchar contra las apreturas económicas. Ofrecían “romper con el ambiente profano disolvente o, al menos, demasiado absorbente”¹⁵.

Hoy en día, ¿qué estilos de vida podría poner entre paréntesis una escuela reformada al estilo de los monasterios? En primer lugar, podría calmar la agitación continua en que todas y todos andamos, estableciendo un ritmo sosegado de aprendizaje, construyendo paulatinamente la convivencia desde el conocimiento mutuo y el compromiso conjunto, acompañando a nuestro alumnado sin prisa. En segundo lugar, ayudaría a discernir qué es primordial y qué es secundario. Un aprendizaje basado en casos reales ayuda a la persona a situarse en el contexto más amplio, que tiene en cuenta sus necesidades y las del resto, que analiza qué ofertas de consumo ha introyectado sin darse cuenta. En tercer lugar, posibilitaría debates en torno a qué sí y qué no ayuda al desarrollo personal: qué usos de la tecnología, qué formas de vivir la afectividad y la sexualidad, qué hábitos de diversión, qué tipos de relación. Un abordaje profundo de estos asuntos atraería a toda aquella persona que, pese a que en sus redes sociales muestre de continuo un rostro de satisfacción, sienta el peso del vacío y de la duda.

Considero que el gran reto de toda estructura es articular el binomio individuo-comunidad. Fue el gran reto al que respondió Jesús, enseñándonos cómo se configura un Reino de Dios, que es al mismo tiempo escatológico y actual. Fue el gran logro de la institución monacal: articular el anacoretismo individual en una organización estable donde se pudiera, en palabras de San Basilio, “tener la ciudadanía en el cielo”¹⁶.

Cada vez que he vivido el brillo de ese Reino en las aulas (en el compartir en los grupos interactivos; en la obra de teatro en la que Alba, chica que vivía de desahucio en desahucio, era la actriz principal y en el coro había veinte alumnas y alumnos de etnia gitana; en las tertulias literarias con el centro de mayores; en la creación de un juego de mesa con uno de los grupos de Diversificación) he visto que habíamos articulado correctamente lo siguiente: *cada persona sabía que estaba dando lo mejor de sí misma en un proyecto compartido*.

No se trata de que llenemos las páginas web de nuestros centros con las palabras *personalización, comunidad, fraternidad*. O de que celebremos el “Día de lo que sea” alterando la organización habitual de instrucción directa y libros de texto y exámenes para vivir algún destello de esas otras dinámicas. Es preciso que situemos en el corazón de nuestra reflexión educativa la palabra *fraternidad*, y desde ella analicemos dinámicas de enseñanza y aprendizaje, organización de espacios y tiempos, roles del profesorado, estrategias de evaluación. Veremos que ello no nos conduce únicamente a apuestas más apasionantes, sino también más rigurosas, más acordes a lo que la investigación científica ha mostrado como vías óptimas de aprendizaje.

Me ha impresionado imaginar cuántas vidas transcurrieron y se desplegaron bajo el modelo monacal. Y me ha impresionado cómo, siendo la llamada primera a la soledad con Dios, éste siempre les invitó al servicio al mundo. Servicio en todos los sentidos. Intelectual, pues desde los monasterios se conservó la herencia del mundo antiguo y, desde ella, se formuló la fe en los tiempos nuevos. Económico, ya que en ellos se desarrollaron nuevos modelos económicos, agrícolas, de intercambio. Caritati-

¹⁵ G. M. COLOMBÁS, *El monacato primitivo*, BAC, Madrid 2004, 38.

¹⁶ G. M. COLOMBÁS (o.c), 186.

vo, como institución llamada a atender a y compartir con los más necesitados, a acoger a quien está de paso como si del propio Cristo se tratara. Cultural, convirtiéndose en una de las instituciones punteras en el canto (el gregoriano sigue sonando), en la pintura (impresiona imaginar aquellas celdas con frescos de Fra Angélico), en la literatura (allí encontramos los orígenes de nuestro idioma), etc. Evangelizador, haciendo que nuevos pueblos ajenos acogieran el espíritu cristiano.

Nuestra escuela, pese a tener sentadas sus bases en los lugares adecuados (acceso universal, aprendizaje para el desarrollo como personas y miembros de una sociedad), ha perdido de alguna manera su significatividad orgánica. Debemos recuperar la convicción de que la escuela puede ser un lugar de servicio a su contexto cercano, a su barrio, y plantear dinámicas de aprendizaje en que se aborden a fondo los retos de ese entorno concreto. Podemos confiar en la capacidad intelectual de nuestro alumnado de crear, de ayudar a progresar el pensamiento; ya, a día de hoy, no sólo como horizonte de una vida adulta. Hemos de preservar el que la escuela no sea sólo nominalmente un lugar de oportunidad para los colectivos marginales. De manera conjunta con nuestro alumnado, cabe confiar en que desde la escuela se puede pensar e imaginar futuros posibles y viables. Como dice Edgar Morin

Ser humanista también es sentir en lo más profundo que cada uno de nosotros es un momento efímero de una extraordinaria aventura, [...] la cual ha llegado a una crisis gigantesca en la que se juega el destino de la especie. [...] Es el sentimiento de estar dentro de esa aventura desconocida e increíble y desear que continúe hacia una metamorfosis, de donde nazca un nuevo devenir¹⁷.

Quiero usar una última imagen que pueda medir en qué medida nuestras instituciones educativas responden a su llamada. La imagen es la de la casa de la sabiduría. Sorprende cómo las mentes más ávidas de saber dejaron otras vías para incorporarse a la vida monacal. San Juan Crisóstomo “abandonó a los profesores de voceillas;”¹⁸ mujeres nobles de Roma acogieron la vida que san Jerónimo les proponía, embriagadas por su hondura intelectual; San Basilio le confiesa a Eustasio: “dejé Atenas a causa de la fama de tu filosofía.”¹⁹ Sor Juana Inés de la Cruz vio que el convento era el lugar más adecuado para llevar la vida intelectual a la que se sentía llamada.

Hoy, ese hambre intelectual tiene un término psicológico: altas capacidades. Desde Domenchina educación hemos acogido la descorazonadora situación de ese alumnado que se siente preso de aprendizajes irrelevantes y estructuras inflexibles. La institución educativa que preste un servicio a ese alumnado podrá, sin soberbia, considerarse una casa de la sabiduría. Siento decir que, a día de hoy, son instituciones con un marcado carácter empresarial e internacional, sino el homeschooling, las que sirven de hogar a este alumnado. Ojalá desde los centros católicos nos atrevamos a reformar todo lo que sea necesario, y la llegada de este alumnado nos haga ver que quien tiene

¹⁷ E. MORIN, *Lecciones de un siglo de vida*, Paidós, Barcelona 2021, 91-92.

¹⁸ G. M. COLOMBÁS (o.c), 149.

¹⁹ G. M. COLOMBÁS (o.c), 186.

sed, sed de saber, sed de sentido, llama a nuestras puertas. Y les abramos la puerta a lo que, desde el propio campo de investigación acerca de las altas capacidades, se está descubriendo como la llamada última, para este alumnado y para toda persona: no el saber, no la técnica; sí la sabiduría.

Cualquier discurso sobre la educación sólo vale si está centrado en su alumnado. Llevamos tiempo preguntando a nuestro alumnado cómo se imagina su centro educativo ideal. Ayman, cuando le preguntamos qué cuestiones le gustaría abordar, nos confesó que le interesaba hablar de si existía o no un más allá, y de cómo podía saberlo. Rocío nos retrató su centro ideal con un dibujo sumamente expresivo del contacto sosegado con la naturaleza, con un aire inequívocamente cercano al añorado por Fray Luis de León. Héctor, alumno de altas capacidades, mostraba su desesperación por no acceder a cultura y de estar preso en clases irrelevantes a través de un bellissimo y caligrama de la flor de lis. La educación sólo se debe a un propósito: atender a esas personas jóvenes a las que forma. Ayman, Rocío, Hector, nos piden un culto verdadero, un cultivo tranquilo, una cultura apasionante. Ojalá logremos aunar lo que se ofrecía en los monasterios, una vida en la que el culto, el cultivo y la cultura iban de la mano. Desde Domenchina estamos deseando hallar un monasterio, ya sea real, físico, ya sea una entidad educativa dispuesta a arriesgar y a colaborar en un proyecto que responde a este latido hoy expuesto. Queremos ser una pequeña realidad que, en este cambio de época, sirva para enlazar el mundo antiguo y el nuevo, sirva para mantener viva la luz del Evangelio.